

NUEVOS HÁBITOS LECTORES: LA COMPRENSIÓN SEGMENTADA

María CARREÑO LÓPEZ
Universidad de Almería

«No tenéis derecho a despreciar el presente»
BAUDELAIRE

Decía Paul Valéry que los cambios tecnológicos «modificarán la inventiva y, quizá, acabarán cambiando completamente el concepto mismo de arte»¹.

Las nuevas tecnologías y las distintas plataformas de comunicación que derivan de ellas, están modificando los hábitos lectores, y con ellos, o junto a ellos, la propia concepción de la literatura y sus fundamentos.

Desde los orígenes más o menos mitológicos de la escritura hasta nuestros días, las aportaciones tecnológicas han determinado nuestra relación con la palabra, han moldeado también la oralidad y, sobre todo, la capacidad individual y colectiva de atesorar la información, el conocimiento. Si recordamos el famoso pasaje del *Fedro* de Platón, en que Sócrates relata la disputa entre Tot², el dios egipcio de las ciencias, y el rey Thamus, tendremos un fácil y sugerente paralelismo con nuestra actual disponibilidad de información en la red: mientras Tot defiende la escritura como un *pharmakos* para la memoria, una forma de fijación y perpetuación del conocimiento, Thamus afirma que esta fijación lo único que hará será debilitar la memoria individual, cuya confianza en la escritura le hará descuidar el

¹ En BENJAMIN, 2010, p. 7.

² La interesante relación que existe entre Tot y Hermes-Mercurio, y su figura sincrética (el Hermes Trimegisto) (escritura/conocimiento/ mediación).



Figura 1. El Roto, viñeta publicada en *El País*, 24 de noviembre de 2012. Reproducida aquí con permiso del autor.

conocimiento a favor de una mera acumulación de información. Esta es la gran paradoja de los llamados «medios de comunicación de masas»: una enorme disponibilidad de información, que no solo no siempre es traducida en conocimiento, sino que, en ocasiones, podríamos decir que imposibilita el desarrollo de nuestra capacidad crítica. Juan de Mairena alertaba a sus discípulos con el siguiente ejemplo: «Aprendió tantas cosas —escribía mi maestro, a la muerte de un amigo erudito—, que no tuvo tiempo para pensar en ninguna de ellas» (Machado, 1998: vol. 2, 13).

Caudal y cauce informativo son los dos elementos fundamentales sobre los que se forjan los cambios en los hábitos comunicativos. El paso de la oralidad al uso de métodos mnemotécnicos como los petroglifos, el desarrollo de la escritura (desde los pictogramas a los ideogramas y la escritura fonográfica)³ y los cambios en la fijación y en la reproducción de la misma (papiros, pergaminos, papel, amanuenses, imprenta...), han experimentado unas modificaciones exponenciales a lo largo de la historia.

³ Un estudio comparativo de los desarrollos de la escritura anulan por completo una eventual diacronía evolutiva desde el pictograma a la escritura fonográfica. Sería del todo absurdo tildar al chino, por ejemplo, de lengua menos desarrollada por mantener un sustrato ideográfico tan finamente desarrollado.

Exponencial hasta el extremo de poder afirmar que hoy como nunca antes nuestro universo comunicativo tiene como sustento la palabra escrita. Se lee más y se escribe más que en ningún otro momento histórico, y lee y escribe más porcentaje de la población, pero ¿se lee mejor? Sin duda la tecnología de la palabra y sus tres grandes estadios, siguiendo a Walter Ong (oralidad, escritura e hipertexto), no se excluyen el uno al otro, sino que están ininterrumpidamente inmersos en procesos de acumulación y reformulación. El mundo literario que nos rodea ha alterado el universo de la oralidad, y lenguaje ficcional y el «natural» desdibujan unos límites que siempre han sido inestables. Fenómenos como Facebook, Twitter o los comentarios que podemos hacer a fotografías o noticias a través de internet, han narrativizado la oralidad. Especialmente aplicaciones como Whatsapp, Line, etc., tienen la peculiaridad de haber sustituido en su inmediatez a la palabra oral: hablamos por escrito en tiempo casi real, y añadimos a las palabras, ya de por sí modificadas para optimizarlas y hacer su uso más efectivo, iconos que concentran el sentido de una manera radicalmente asociada al contexto en el que el icono es empleado. Actualmente se suele sustituir el verbo «chatear» o «escribir», por el de «hablar» cuando hemos empleado estos medios, con o sin aclaración del medio empleado. Y es indudable cómo Twitter, sin ir más lejos, ha posibilitado y ha desarrollado un tipo muy concreto de humor, de ingenio casi conceptista: un nuevo lenguaje literario creado por y para una comunidad, que no una *masa*. Como bien escribía Machado, «el concepto de masa, aplicado al hombre, de origen eclesiástico y burgués, lleva implícita la más anticristiana degradación de nuestro prójimo [...]. No olvidemos que, para llegar al concepto de masas humanas, hemos hecho abstracción de todas las cualidades del hombre» (Machado, 1998: vol. 2, 24).

Conceptos como el de «escrilector» (Rodríguez Ruiz, 2003) ayudan a pensar estos fenómenos y la reformulación que receptor y autor están experimentando en nuestros días. Ciberespacio, globosfera, *fanfic*: nuevos términos para nuevas prácticas que se van implantando con fuerza y que diversifican las modalidades de lectura. Un claro ejemplo lo tenemos en el *Diccionario de nuevas formas de lectura y escritura* (Campos y Martos, 2013) que cuenta con más de veinte entradas diferentes para el término *lectura: lectura conectada, fragmentada, colaborativa, visual o enriquecida*, son solo algunas de las modalidades. Los géneros literarios emergentes raramente están separados de la tecnología, y muchos de los géneros tradicionales, como la poesía⁴, se enriquecen y se modifican con estas nuevas interfaces y con los nuevos usos que el lector-receptor-cosumidor (Castellet, 2001) hace de las mismas. La compleja relación texto-lector ha sido y es un tema de enorme rendimiento en los estudios literarios o culturales.

⁴ Un ejemplo muy interesante lo tenemos de la mano de R. KENDELL, <http://www.bornmagazine.org/projects/candles/>, o los trabajos en poesía digital, holopoesía y biopoesía de E. KAC, <http://www.ekac.org/media.html>.

Riffaterre con su «archilector»; Fish y el «lector informado»; Wolf, «lector pretendido», Prince, «virtual» o Genette «posible», son solo un ejemplo del alcance teórico que el proceso de lectura e interpretación del texto ha desarrollado desde la hermenéutica de Schleiermacher, es más, si la literatura, siguiendo a Foucault, nace con la misma pregunta «¿qué es la literatura?», las reflexiones teóricas en torno a la lectura y a la interpretación se encuentran en el origen mismo del hecho literario.

Según Antonio Machado «defender y difundir la cultura es una misma cosa: aumentar en el mundo el humano tesoro de conciencia vigilante. [...] Nada serio podríamos oponer a una tesis [...] que afirmase la constante reversibilidad de la energía espiritual que produce la cultura» (Machado, 1998: vol. 2, 62-63). El alcance y las implicaciones de la inclusión de la tecnología y la supuesta democratización del arte, desbordan cualquier intento de aproximación teórica en estas modestas líneas, solo señalar cómo, al igual que *best-seller* no es un concepto con el cual medir la calidad artística de una producción literaria, la existencia de medios eficaces de difusión de la cultura, no tiene por qué implicar un deterioro de la misma, sino quizá al contrario. Canclini, Campàs o el citado Rodríguez Ruíz, introducen una perspectiva optimista en esta relación entre cultura y tecnología que fue observada de manera muy negativa por pensadores como Adorno, Benjamin, Horkheimer o Arendt. Estamos de acuerdo, con Machado, en que el problema de fondo de la pérdida de aura de la obra artística está más relacionada con la reificación del hombre a través de conceptos como el de «masa», que del número de personas que puedan acceder al conocimiento. Pero no se puede negar que «la película sonora y el uso bélico de los gases deletéreos son realmente contemporáneos. Que sean dos fenómenos concomitantes, como efectos de una misma causa, es muy discutible» (Machado, 1998: vol. 2, 17). El problema, de nuevo, es situar los límites de la razón, situar al hombre en relación con la tecnología, y, ante todo, al hombre con el hombre mismo. Shklovski escribe en su exilio berlinés:

Los objetos hacen al hombre lo que él hace de ellos.

La velocidad requiere una meta.

[...]

Se precisa un dominio personal del misterio de las máquinas, se precisa un romanticismo nuevo para que los objetos no arrojen al hombre fuera de las curvas de la vida.

Ahora estoy desconcertado, porque este asfalto, desgastado por los neumáticos, estos anuncios luminosos y las mujeres bien vestidas, todo esto me transforma.

Aquí no soy como era, y a lo mejor aquí soy malo.

(Shklovski, 2010: 34-35).

Sin negar las virtudes de las nuevas formas de comunicación (la inmediatez, la accesibilidad, la flexibilidad, las innovaciones creativas, la posi-

bilidad de compartir y modificar contenidos...) tenemos que estar alerta también de los vicios o carencias que conllevan.

Ya que es imposible crear un itinerario de lo no acontecido, solo podemos vaticinar por qué derroteros nos llevarán estos nuevos hábitos. Lo que sí parece claro es que es nuestro deber como docentes y como lectores ser críticos ante la situación. Porque si la gran revolución que ha supuesto internet nos ha beneficiado, al menos, en dos factores determinantes: inmediatez y volumen de información, es evidente que se ha perdido también en dos elementos básicos: diálogo con el texto y conocimiento.

Capacidad crítica y libertad son dos conceptos íntimamente ligados. El fomento del hábito lector debe tener como pretensión casi axiomática la formación de pensadores críticos. Y la crítica no es posible sin el diálogo.

Porque, contradiciendo aquí parcialmente el planteamiento de Shklovski, el medio en sí mismo ya determina el uso que se puede hacer de él. Hay una actitud enteramente diferente a la hora de ver la televisión o de leer un libro, principalmente porque la televisión *no espera al espectador*. La relación íntima que se establece entre texto fijado y lector (o *escribitor*, como se quiera), está sometida al tempo del lector, no funciona por sí misma, se puede parar, volver hacia atrás y hacia delante, algo que no es posible en televisión. Esta misma «autonomía» del medio es la que nos permite, al menos parcialmente, «desconectar», y es también, la que parece anestesiar nuestra capacidad crítica e incluso nuestra empatía. Andrés Rábago, *El Roto*, afirma que «cuando conectas la tele, desconectas tu conciencia crítica» (Morales, 2012).

Del mismo modo, internet, no en sí mismo, sino asociado a otras tecnologías paralelas como la telefonía móvil, supone un alud de información, un torrente ingente de fuentes que dificulta, por no decir que imposibilita, fijar la atención, focalizar nuestra reflexión; desprovisto de un soporte material, recuerda de nuevo *El Roto*, se convierte en «un río rápido, en que las noticias cambian constantemente, pero sin ninguna profundidad» (Morales, 2012).

Estos «nuevos hábitos» han propiciado que se simultaneen las acciones comunicativas. No es extraño ver a alguien hablando por teléfono, con la televisión encendida y chateando por el teléfono móvil, u ojeando internet mientras habla con un amigo. Estas lecturas fraccionadas, intermitentes, dan mucha información, ayudan a desarrollar la intuición y una suerte de conceptismo contemporáneo, pero (quizá resulte paradójico con esto último), reducen nuestra comprensión global. Si no queremos que los nuevos lectores sean meros gestores de la información, si pretendemos que la información genere conocimiento, es indispensable incidir sobre la necesidad de dialogar con el texto. Y sobre la importancia del diálogo en general. El diálogo es la actividad política por excelencia, con la que conseguimos fundamentar nuestra libertad laica, que no es otra cosa que un consenso, un

constructo social, jamás un estado interior, «la libertad es en rigor la causa de que los hombres vivan juntos en una organización política. Sin ella la vida política como tal no tendría sentido. La *raison d'être* de la política es la libertad, y el campo en el que se aplica es la acción» (Arendt, 1996: 158).

Isaac Newton decía que solo leía cinco libros. Digo leía y no «había leído» porque al parecer volvía una y otra vez sobre los mismos textos. Sin llegar a este extremo hay que reivindicar, sin dar la espalda a nuestra contemporaneidad, la lectura y la relectura. Y acordarnos de Calvino y su sugerente *¿Por qué leer a los clásicos?*, porque otro de los daños colaterales de este ingente desarrollo tecnológico, y la reificación humana que se le asocia, es la consabida pérdida del aura de la obra de arte, y la desaparición de la figura de *auctoritas*.

Para poder establecer un diálogo con un texto, es imprescindible saber «rellenar los huecos» (*blanks*, en la terminología de Iser). Túa Blesa (1998), ha elaborado una teoría tremendamente útil para conceptualizar los silencios del texto literario. Es lo que ha denominado *logofagia*. Eloy Martos (Campos y Martos, 2013: 356-359), a través de los conceptos de *lector ingenuo* y *lector experto*, ejemplifica esta necesidad de formación del lector, cuyo bagaje cultural previo será determinante a la hora de hacer una lectura efectiva de un texto determinado, hecho ampliamente estudiado también por Gadamer, Jauss o Iser.

Junto a toda esta temática de índole teórica, nos encontramos con un hecho cotidiano que es causa y efecto de la deficiente formación de los lectores: el descrédito de la cultura en la vida pública española, que se traduce en la poca inversión y el cambio constante de los planes de estudios. Argullol (2012) se refiere al estilo tertuliano para hablar del desprecio existente por la raíz de la libertad. Este estilo, basado en «el grito, el sarcasmo y la impunidad», va acompañado de una «generalizada exhibición de la incultura». Estas apreciaciones de Argullol forman parte de un deterioro de la vida política, entendida a la manera de Hannah Arendt, y enlazan con absoluta coherencia con las reflexiones que hace Antonio Machado a través de Juan de Mairena sobre la construcción del hombre masa. «Cuando no queden ciudadanos solo habrá súbditos». Con estas palabras cierra Rafael Argullol su artículo. La formación de lectores críticos es un pilar indispensable para la creación de ciudadanos capaces de construir espacios de libertad.

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, T. W. (2004), *Teoría estética*, Tres Cantos, Akal.
 ADORNO, T. W., y HORKHEIMER, M. (2006), *Dialéctica de la Ilustración: fragmentos filosóficos*, Madrid, Trotta.
 ANDERS, G. (2007), *Hombre sin mundo: escritos sobre arte y literatura*, Valencia, Pre-textos.

- ARENDRT, H. (2003), «La crisis de la cultura: Su significado político y social», en ARENDRT, H., *Entre pasado y futuro. Ocho ejercicios de reflexión política*, Barcelona, Península, pp. 303-345.
- ARGULLOL, R. (2012), «Sin crítica no hay libertad», *El País*, 23 de diciembre de 2012.
- BENJAMIN, W. (2010), *La obra de arte en la época de su reproducción mecánica*, Madrid, Casimiro.
- BLESA, T. (1998), *Logofagías. Los trazos de silencio*, Zaragoza, Tropelias.
- BOURDIEU, P. (2010), *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama.
- (2012), *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus.
- BRETON, A. (2009), *Manifiestos del surrealismo*, Madrid, Visor.
- CALABRESE, O. (1998), *La era neobarroca*, Madrid, Cátedra.
- CAMPOS FERNÁNDEZ-FÍGARES, M., y MARTOS NÚÑEZ, E. (coords.) (2013), *Diccionario de nuevas formas de lectura y escritura*, Santillana.
- CASTELLET, J. M.^a (2001), *La hora del lector*, Barcelona, Península.
- DERRIDA, J. (1996), *Mal de archivo*, Madrid, Trotta.
- (2012), *La escritura y la diferencia*, Madrid, Anthropos.
- EAGLETON, T. (2006), *La estética como ideología*, Madrid, Trotta.
- FOUCAULT, M. (1999a), *Estética, ética y hermenéutica*, Barcelona, Paidós.
- (1999b), *Las palabras y las cosas*, Madrid, Siglo XXI.
- GRIMAL, P. (2008a), *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, Paidós.
- (2008b), *Mitologías: del Mediterráneo al Ganges*, Madrid, Gredos.
- HUIZINGA, J. (2010), *Homo ludens*, Madrid, Alianza.
- MACHADO, A. (1998), *Juan de Mairena* (vols. 1 y 2), Madrid, Cátedra.
- MARTIN, R. (1999), *Mitología griega y romana*, Madrid, Espasa.
- MORALES, M. (2012), «El Roto: “Internet es un río rápido pero sin profundidad”», *El País*, 17 de octubre de 2012.
- ONG, W. (1987), *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, México, FCE.
- RODRÍGUEZ ROMERO, N. (1996), «El cuento artefacto», *Elementos para una teoría del minicuento*, Tunja, Colibrí, pp. 34-35.
- SAID, E. (2008), *El mundo, el texto y el crítico*, Barcelona, Debolsillo.
- VICENT, M., «El Roto: “Lo que está en Internet no deja rastro”», *El País*, 22 de junio de 2012.
- VVAA, *Diccionario de Termos Literarios (DiTerLi)*, Centro Ramón Piñeiro para la investigación en humanidades. Recurso online <http://www.cirp.es>.